

URIBE-URÁN, Víctor M.

Vidas honorables. Abogados, familia y política en Colombia, 1780-1850.

Medellín, EAFIT/Banco de la República, 2008. 441pp.

En el pasado XV Congreso Nacional de Historia, Annick Lempérière afirmaba que la única manera de que un historiador o historiadora realizara un trabajo objetivo y serio sobre los fenómenos pretéritos de Colombia era tomando cierta distancia espacial con su objeto de estudio, en términos coloquiales salir del país y realizar estudios de posgrado en una universidad europea, principalmente en Francia. Esta posición eurocentrista del conocimiento impera con mucho ímpetu en la academia historiográfica colombiana y se le otorga una relevancia abismal a los trabajos realizados por la historiografía anglosajona, francesa y por colombianos que hayan cursado sus estudios en Estados Unidos, Francia, Inglaterra, Alemania e incluso Austria.

El texto que hoy nos ocupa procede de una de las citadas historiografías, específicamente nos referimos a la de los Estados Unidos. *Vidas honorables. Abogados, familia y política en Colombia, 1780-1850* toma como base la tesis doctoral de la Universidad de Pittsburgh de Víctor Manuel Uribe-Urán. La obra fue publicada en inglés en el 2000 y su traducción en español salió al ruedo en el mundo editorial ocho años después, con una serie de correcciones amparadas en las apreciaciones del profesor Joseph de León Helguera. En cierta medida,

el texto se presenta como una investigación trasnochada, que carece de una actualización bibliográfica, tanto para América Latina, como para Colombia.

Para el caso Latinoamericano Uribe-Urán se centra principalmente en los trabajos realizados en México, que en su mayoría están escritos en inglés; igualmente, sólo recurre a los textos de Susan Socolow para referir al caso argentino, en cuanto a Colombia, el texto no aborda los últimos trabajos que se vienen realizando desde una nueva perspectiva historiográfica.

Como objetivo central, el libro observa la importancia de la burocracia, y en especial de los abogados, en el desarrollo de los fenómenos sociopolíticos del tránsito del Virreinato de la Nueva Granada a una República Independiente que adoptó los nombres de la Gran Colombia y Nueva Granada. La hipótesis manejada por el autor tiende a establecer que la serie de conflictos sociopolíticos (primordialmente las guerras) que se generaron en la naciente República colombiana fueron generados principalmente por la disputa de los puestos burocráticos. Lo expuesto por Uribe-Urán es atractivo y en parte compartimos parte de su hipótesis; sin embargo, la aceptación plena de ella nos llevaría a una explicación monocausal y simple de los

conflictos sociopolíticos del siglo XIX colombiano y compartimos la idea de que tuvieron una mayor complejidad, es decir, su explicación respondería a una multicausalidad, donde las negociaciones, intereses personales y colectivos, las redes sociofamiliares y las relaciones de poder desempeñaron un papel preponderante en el desarrollo de dichos conflictos.

Para desarrollar su hipótesis y objetivos, Uribe-Urán divide su texto en once capítulos cuya transversalidad principal es el dominio de la burocracia y los abogados en el accionar político. En este sentido, el autor olvida que el siglo XIX también estuvo marcado por el dominio de los militares y de otros individuos y colectividades que respondían a otra profesión u ocupación, quienes fueron importantes en la dinámica sociopolítica de la nación. Además, de otorgarle un protagonismo a la burocracia y a los abogados, Uribe-Urán atiende a dos categorías de análisis para explicara el tejido social del siglo XIX, estas son: estatus y honor, y la disputa por estos va a marcar el desenvolvimiento de la sociedad decimonónica.

Según Uribe-Urán, el estatus estuvo fuertemente vinculado más a su esfera social que a sus ámbitos materiales. Para él, no es que los “beneficios materiales” no garantizar un “estatus social superior”, sino que “más importante era el hecho de que este estatus social tenía claras repercusiones morales y creaba importantes diferencias culturales.” (p. 45) La apreciación del autor se aleja de la consecución de in-

terese materiales para colocar sobre estos las adquisiciones morales y la diferenciación social, es decir, más que una adquisición material se buscaba una integración y asenso social por medio de la moral. En este sentido, la explicación de Uribe-Urán no nos permite observar a todos los grupos sociales, ya que había sectores que no tenían una estabilidad material como para pensar en una moral; así, para ciertos sectores su cotidianidad giró alrededor de conseguir una materialidad más que una moral.

Uno de los problemas claros de la historiografía colombiana es el constante afán de extrapolar categorías de análisis, lo cual nos ha llevado a forzar la teoría con el material empírico. Para el caso que nos ocupa, Uribe-Urán no es ajeno a ello emplea la categoría de análisis althusseriana para examinar el Estado decimonónico colombiano, es decir, el Estado era un aparato que controlaba el accionar sociopolítico de la nación sin lugar a la mediación. Sin embargo, el trabajo empírico del autor nos remite más a un Estado definido desde las relaciones sociales, constituyéndose éste como un entramado de relaciones sociales e incluso familiares, que constantemente vivía en una continua negociación entre lo central y lo local, a lo cual el autor le otorga poca relevancia.

La tercera categoría de análisis empleada por Uribe-Urán es la de “Aristócratas” y “Provincianos”. Los aristócratas los vincula a una fuerte tradición colonial, burocrática y en menor medida eclesiástica, dejando

por fuera la militar y otras ocupaciones, dichas familias se centraron en Bogotá, Cartagena, Popayán y Tunja. Mientras que los provincianos respondieron a sus carencias, es decir, no poseían tierras, una herencia burocrática colonial y no estuvieron vinculados al alto clero. Estos márgenes de análisis empleados por el autor, tal como él apunta “reducen la complejidad de la sociedad bajo estudio.” (p. 28) El empleo de ambos conceptos nos remite a una ubicación social moldeada por ciertas características; sin embargo, al momento de contrastarlas con las fuentes la amplia amalgama social hacen que las categorías de “aristócratas” y “provincianos” naveguen en el amplio mar de la ambigüedad lo que le dificulta al autor y más al lector ubicar a los individuos en dichos conceptos, ya que muchas veces las características no coincidían, respondiendo con mayor plenitud los personajes a intermediarios sociales que “aristócratas” o “provincianos”.

El tema de las fuentes constituye otra de las debilidades del texto. Uribe-Urán se basa para sustentar su hipótesis en escasas fuentes primarias y en unas desactualizadas fuentes secundarias. La mayoría de documentos primarios son empleados en la parte correspondiente al Virreinato de la Nueva Granada, mientras que el siglo XIX es sustentado en su gran mayoría con fuentes impresas y bibliográficas, lo que incide en los análisis parcializados e incluso reducidos del autor. Además, que las referencias documentales se centra con mayor prioridad en Bogotá y en menor medida

Antioquia, realizando un énfasis secundario en las ciudades de Cartagena, Popayán, Tunja y Cúcuta, lo que representa un espejismo del título, al que se le inserta la palabra Colombia como un cliché, estrategia de venta y el constante afán de generalizar una nación heterogénea desde el análisis de la sociedad Andina.

A manera de epílogo, es necesario apuntar que el texto de Uribe-Urán representa una lectura trasnochada del pasado, careciendo de un fuerte bagaje documental, una bibliografía actualizada y de extrapolación categórica que coincida con el sustento empírico. En cierta medida, se trata de un trabajo que aporta pocas luces a los problemas sociopolíticos del pasado decimonónico colombiano, generalizando de manera abrupta y atrevida una sociedad que respondía a ciertas complejidades y necesidades que el autor ignora y en ocasiones las observa como irrelevantes. Así, tomar distancia del objeto de estudio no garantiza un éxito y un análisis de mayor profundidad y lucidez, por lo cual las palabras de Lempérière sumadas al carácter europeo y anglosajón de nuestra historiografía hacen que cada día nuestro quehacer se rezague ignorando nuevas tenencias en Latinoamérica y en otras latitudes.

Willian Chapman Quevedo

Historiador,

Universidad del Atlántico

Magister en Historia (UNIA)

Docente del Departamento

de Humanidades

Universidad Militar Nueva Granada